

chos más memorables de la lucha por la independencia americana. Morillo, en vez de una ciudad, ocupó un hospital de moribundos y un cementerio con montones de cadáveres hacinados en sus calles (6 de diciembre). La atmósfera estaba corrompida. El sitio había durado ciento ocho días. Se calcula en seis mil almas el número de muertos en la plaza por el hambre y las enfermedades, sin contar los muertos en los combates. El ejército sitiador perdió cerca de tres mil quinientos hombres. El triunfo de los realistas fué coronado por un acto de barbarie. Morales ocupó los castillos de Boca Chica. Dió una proclama ofreciendo amnistía á los que se presentasen. Confiados en esta promesa, presentáronse en número de cuatrocientos, los ancianos, las mujeres, los niños y algunos pescadores que habían quedado ocultos en los bosques de Tierra Bomba. El bárbaro Morales los hizo degollar á todos en la ribera del mar! (19). Morillo fué relativamente más humano. Limitóse á hacer condenar á muerte y suspender de la horca, al general Castillo, que había quedado oculto, y seis ciudadanos notables que confiaron en su decantada clemencia, entre los que se contaba el célebre José María García Toledo, principal promotor de la revolución de Cartagena en 1810, y que al tiempo de establecerse el sitio había incendiado él mismo sus propiedades en los alrededores para que no sirviesen al enemigo. Al mismo tiempo se restableció el tribunal de la inquisición en Cartagena.

(19) Hemos seguido parcialmente á Restrepo en la narración del sitio de Cartagena, comparándolo con los documentos oficiales y las « Mémoires » de Morillo, teniendo presente la versión española de Torrente y las noticias que da en sus « Memoirs of Bolívar » Ducoudray-Holstein que mandaba los castillos de Boca Chica durante el asedio.

VII

Mientras Morillo sitiaba Cartagena, la división de Calzada situada en Barinas, que debía obrar en combinación con su ejército para subyugar la Nueva Granada, había iniciado sus operaciones. Como los llanos de Casanare estuviesen á la sazón dominados por la caballería republicana, Calzada se dirigió allí á fin de despejar su flanco y asegurar su retaguardia; pero fué batido en un primer encuentro de vanguardia (31 de octubre). Desistiendo de esta empresa, dirigióse á Cúcuta y atravesó la cordillera, penetrando al territorio de Nueva Granada con 1,800 fusileros aguerridos y 500 jinetes. Las tropas de la Unión que intentaron contener la marcha de Calzada, batidas en varios encuentros, fueron completamente deshechas en Balaga sobre el río Chitagá (25 de noviembre). Calzada ocupó Pamplona, donde encontró tendidos en sus calles los cadáveres de algunos españoles europeos que los patriotas mataron bárbaramente al tiempo de evacuarla.

Una división de 500 hombres que al mando del coronel Francisco de Paula Santander se hallaba en Ocaña y marchaba en auxilio de Cartagena, quedó cortada por la invasión de Calzada, y emprendió su retirada, reuniéndose con los derrotados de Chitagá al norte de Pamplona. De este modo, el jefe realista penetró en el corazón de la Nueva Granada, interceptó las comunicaciones entre Santa Fe y Cartagena y se dió la mano con el ejército de Morillo, recibiendo auxilios de Maracaibo.

En tan angustiada situación, el congreso granadino, dió nueva organización al poder ejecutivo de la Unión á fin de hacer frente á los peligros que amenazaban á la república. Camilo Torres fué encargado de la presidencia con facultades

extraordinarias, hasta para capitular con los españoles, adjuntándole como vice-presidente á Torices, el que como dictador de Cartagena había dado pruebas de energía. El nuevo presidente declaró, que la república se encontraba expirante y que él no se hallaba con fuerzas para salvarla; pero aceptó al fin el sacrificio. Formóse entonces un ejército de 2,500 hombres bisonos, para hacer frente á Calzada, y éste se vió obligado á replegarse hacia Ocaña, sufriendo un contraste en su retaguardia (8 de febrero de 1816). Reforzado Calzada con 300 cazadores, reaccionó vigorosamente y atacó á los republicanos en la posición atrincherada del Páramo de Cacharí, á tres jornadas al sud de Ocaña, y después de dos días de combate los derrotó completamente, haciéndoles 300 muertos y tomando 300 prisioneros (22 de febrero). Calzada ocupó sin oposición todas las provincias de Pamplona, Socorro y Antioquía. La capital estaba indefensa. La noticia de la derrota del último ejército de la Unión llegó á Bogotá justamente con la de la pérdida de Cartagena. Camilo Torres, á quien se hacía responsable de estos contrastes, sin esperanzas de poder salvar la república, renunció la presidencia. Fué nombrado para sucederle el doctor en medicina y leyes José Fernández Madrid, hombre de ciencia, poeta de algún mérito y publicista radical que se había señalado en los congresos por la exageración teórica de sus medidas revolucionarias. Puesto á la prueba en la práctica, declaró como su predecesor, que no era el hombre que el congreso buscaba para salvar la república, pero que aceptaba por la fuerza la tarea que se le imponía, sin responder de sus resultados. Llamó á los que voluntariamente quisiesen seguirle, y sólo seis hombres se presentaron.

Una reacción se había operado en la Nueva Granada. Los unionistas de Cundinamarca, sometidos por la fuerza de las armas, habíanse convertido por despecho en realistas. El resto del país, fatigado de la guerra, aspiraba como en Venezuela al descanso y suspiraba por el antiguo regimen. Las

fuerzas morales y militares de la nación estaban agotadas, y la república granadina estaba en plena disolución. En tal situación, Fernández Madrid, autorizado por el congreso, abrió negociaciones con Morillo. El congreso se disolvió poco después. El presidente se replegó al sud con los restos de las tropas de la Unión, las que reunidas con las que defendían el valle de Cauca en Popayán, fueron al fin completamente destruidas hasta el último hombre por los realistas que avanzaban desde Quito á órdenes del general Sámano.

Un sacrificio heroico, que salvó el honor de las armas republicanas, señaló la derrota final de Nueva Granada. La división de Popayán, en número de 700 veteranos probados, aclamó por su jefe al comandante Liborio Mejía, y en una junta de guerra intimaron al presidente que moriría el que hablase de capitular, á lo que Fernández Madrid respondió presentando su pecho, que tal era también su dictamen. Reanimados los últimos soldados de la Unión por la energía de Mejía, resolvieron atacar la división de Quito, fuerte de 1,000 hombres de buenas tropas, que se había fortificado en la cuchilla del Tambo, á 31 kilómetros al sud de Popayán. En el primer empuje, la caballería realista fué derrotada, y Sámano vióse obligado á encerrarse en sus trincheras. Los republicanos se empeñaron en arrebatar por asalto la posición, pero rechazados con pérdida de su artillería, dejaron en el campo 250 cadáveres y en poder del enemigo 300 prisioneros, escapando Mejía con sólo 40 heridos (21 de junio de 1816). Reunidas las últimas reliquias de la división del sud con los restos del ejército de la capital que Fernández Madrid había sacado de Bogotá, que en su totalidad alcanzaban á 160 hombres, se atrincheraron sin esperanzas de triunfar en el puente del río de la Plata, al norte de Popayán, ocupando su cabeza, bajo las órdenes del coronel Pedro Monsalve. Atacados por una columna de 400 hombres, pelearon desde las 12 del día hasta el anochecer. Rotos por el frente y tomados por la espalda,

todos fueron muertos y prisioneros (10 de julio). Mejía fué de los últimos en abandonar el campo de batalla, y quedó prisionero. Así cayó la última bandera granadina con sus últimos soldados.

VIII

Rendido el antemural de Nueva Granada y ocupadas sus provincias centrales por Calzada, Morillo se movió de Cartagena, dejando la plaza guarnecida por 2,600 hombres á órdenes del virrey Montalvo. El resto de su disminuído ejército (20) lo dividió en cuatro columnas ligeras, para tomar posesión del país. La principal de ellas, al mando del general Miguel de La Torre, ascendió el valle del Magdalena, y reunida con la de Calzada en Leyva, ocupó la capital de Santa Fe de Bogotá al frente de 4,000 hombres, sin necesidad de disparar un tiro. Con la reserva, situóse el general en jefe en Ocaña. Allí le alcanzó la noticia de que Venezuela se conmovía de nuevo, que la isla de Margarita se había insurreccionado por tercera vez, que las guerrillas que después de la catástrofe de Maturín se habían extendido por los llanos del oriente hostilizaban la Guayana, y que los emigrados encabezados por Bolívar preparaban una expedición para hacer revivir la llama revolucionaria. Estas novedades alarmaron seriamente

(20) En ofi. de Morillo al ministro de guerra de España de fecha 7 de marzo de 1816, que fué interceptado por un corsario argentino y se publicó en la « Gaceta de Buenos Aires », dice: « Las enfermedades habían » disminuído mis fuerzas. Las fuerzas de mi ejército han disminuído » considerablemente, y puedo decir que mi ejército no es más que un » esqueleto incapaz de hacer el servicio que tiene que hacer especial- » mente en Venezuela ». — Véase « Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, núm. 1089.

á Morillo en medio de sus triunfos. Dispuso en consecuencia, que Morales se dirigiera á Venezuela con una división á fin de asegurar su base de operaciones, mientras él terminaba la pacificación de Nueva Granada.

Por la primera vez se dió cuenta Morillo de la magnitud y de las dificultades de su empresa, y con rara penetración previó su desenlace fatal. Daba la debida importancia al sostenimiento de Nueva Granada, cuya resistencia estimaba en menos, y pensó que Venezuela constituía el nervio militar de la revolución colombiana, pero que sus fuerzas eran insuficientes para dominar ni aun á los llaneros (21). Así decía, desde Ocaña, dirigiéndose á su gobierno: « Cuando » se apareció la expedición de mi mando todo plegó, y » aparentemente todos reconocieron la clemencia del rey, » menos los llaneros. Sin duda, la suerte del virreinato de » Santa Fe decide de la de Venezuela, pero reforzando la » expedición. Las provincias de Venezuela están en un estado » de insurrección total. La fuerza es poca y sólo lograré por » algún tiempo contrarrestar á los rebeldes ». Así, antes de cumplirse un año de haber abierto su campaña con 16,000 hombres, sin dar una sola batalla y alcanzando siempre triunfos, se encontraba impotente ante las solas guerrillas de los llaneros de Venezuela. Como hombre de acción, que no veía más allá del horizonte del campo de batalla, todo lo atribuía á la energía de los venezolanos. « En el virreinato de Santa Fe, agregaba, han escrito mucho » y los doctores han querido arreglarlo todo á su modo. En » Caracas, al instante desenvainaron las espadas ». Según él no había más medio que establecer un gobierno militar « despótico, tirano y destructor », y domar la rebelión, « por las mismas medidas que al principio de la conquista ».

(21) Véase nota correspondiente de este capítulo.

Y reiterando su renuncia por lo quebrantado de su salud declaraba finalmente á su gobierno : « No hay remedio ; es » preciso que la corte se desengañe, pues no cortando la » cabeza á los que han sido revolucionarios, siempre darán » que hacer, así, que no debe haber clemencia con estos » pícaros ». Con un alcance, que hace honor á su inteligencia militar, preveía, que de la posesión de la Guayana, pendía la suerté de la expedición, pues una vez perdido este territorio por los realistas, Venezuela y Nueva Granada quedaban en peligro (22). Era un vencido en medio de sus triunfos, y esto explicará la política de terrorismo sangriento que empezó á inaugurar desde entonces.

En Ocaña, publicó Morillo un indulto que comprendía á los oficiales de capitán abajo que depusieran las armas, á la vez que hacía ejecutar cruelmente á los jefes que caían en sus manos, colgando sus cadáveres de horcas ó clavando en los caminos sus miembros despedazados y expuestas en jaulas sus cabezas. El general de La Torre, expidió un indulto análogo, para « todos los empleados civiles que depusiesen las armas y volviesen á sus pueblos ». Morillo lo reprobó duramente, y ordenóle que aprehendiese y asegurase en estrechas prisiones á todos los que hubiesen figurado en la revolución, especialmente á los que llamaba « cabecillas ». En vano de La Torre representó que la palabra del rey estaba empeñada. El pacificador se mostró inflexible, y las cárceles de Santa Fe se llenaron de presos (22 de mayo de 1816). Morillo, sin recibir los obsequios que el pueblo le había preparado, entró

(22) Oficios y cartas de Morillo de 7 y 27 de marzo de 1816, fechados en Mompox y Ocaña. Estas comunicaciones fueron interceptadas por un corsario argentino, y publicadas en la « Gaceta de Buenos Aires », núm. 75 de 1816 y « Extraordinaria » de la misma de 9 de octubre del mismo año. — (Véase : « Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, núm. 4088, 4089, 4092 y 4093.)

de noche á la ciudad, sombrío como una amenaza (26 de mayo). Reprendió severamente á La Torre y Calzada por haber aceptado agasajos de los rebeldes, y en castigo, destinó al primero á los llanos del Orinoco y al segundo á los valles de Cúcuta. Anuló públicamente el indulto de La Torre, y dió otro calcado sobre el de Ocaña, pero tan lleno de multiplicadas excepciones que más parecía una burla que un acto de hipócrita benignidad, pues no alcanzaba á ninguno de los presos, y comprendía entre los delitos que llevaban aparejada pena capital, hasta las escritos y conversaciones (23). Las mujeres de Bogotá se le presentaron en el día del cumpleaños del rey (30 de mayo) implorando clemencia en favor de sus padres, sus hijos y sus esposos. Él las recibió groseramente y las despidió con palabras duras y gritos destemplados. Las cárceles ordinarias no bastaron para contener los presos, y habilitáronse los claustros de los conventos para encerrarlos. El terrible pacificador se encerró en un silencio tétrico, y ocupóse en compulsar los archivos del gobierno revolucionario, buscando en ellos nuevos culpables que perseguir. El terrorismo colonial se inauguraba.

IX

Establecióse un tribunal de sangre con la denominación de « Consejo permanente de guerra », compuesto de oficiales españoles del ejército expedicionario y presidido por el go-

(23) Bando de Morillo de 30 de mayo de 1816, en que dice : « Serán » indultados los que estén libres de los crímenes de sedición, asesinatos é » incendiarios; que no hayan oprimido los pueblos con exacciones ni » violencias, alterado la opinión *con escritos ó conversaciones subversivas* » ni aquellos que tenazmente han proclamado y sostenido la indepen-